

ven con buenos ojos semejante proyecto. Un antiguo surrealista, un miembro del atrabiliario Colegio de Sociología de Bataille, no era un personaje muy «exportable». Pero Victoria insiste tanto y tanto que el ministerio le asigna finalmente una misión de tres meses. Caillois se embarca el 23 de junio de 1939. La guerra lo sorprende en Buenos Aires y ya no volverá a Francia hasta agosto de 1945, aunque más tarde regresará varias veces a América del Sur. A poco de volver, le propone a Gastón Gallimard crear una colección de literatura de América Latina, *La Cruz del Sur*. La colección tardará seis años en salir. Entre 1950 y 1970, publica 32 autores y 52 títulos, y dura hasta el día en que Miguel Angel Asturias convence a Caillois de que es mejor cerrarla, pues ya ha cumplido con su misión. Los escritores sudamericanos habían conseguido para entonces una notoriedad tal, que ya no se justificaba la existencia de una colección aparte. Recuerdo que Caillois me dijo que quería que hiciéramos una fiesta fúnebre para enterrar a *La Cruz del Sur*. Pero se quedó todo en proyecto. Más tarde, en los años noventa, Severo Sarduy, el simpático y vivaz escritor cubano exiliado, reflató la colección y la llamó *La Nueva Cruz del Sur*. Publicó allí, entre otros, al brasileño Antonio Torres, que tuve la suerte de conocer personalmente en Río de Janeiro. Claro, como dice usted, la labor de Roger Caillois ocultó un poco la de Larbaud. Así, cuando se habla de Borges en Francia, se piensa automáticamente en los libros editados por *La Cruz del Sur* y se olvida que, ya en 1925, cuando Borges sólo cuenta 26 años, Larbaud reseña su libro de crítica *Inquisiciones* en la *Revue Européenne*. (Paradójicamente, Borges y Caillois nunca simpatizaron. Borges escribió incluso: «Creo que le debo mucho a alguien a quien no me une una gran amistad, Roger Caillois»).

—Usted fue también muy amigo de Claude Roy. ¿Fue él quien le presentó a Octavio Paz? ¿Se acuerda de cómo y dónde lo conoció?

—Claude Roy también era un hombre que se interesaba por todo y un gran viajero. Ha debido de presentarme a Octavio Paz en alguno de los corredores de Gallimard. Pero lo vi también en casa de Ugné Karvelis, que se ocupaba por ese entonces de los escritores extranjeros de la editorial. A ella le gustaba hacer un poco de musa y en sus cenas, Rue de Savoie, uno se encontraba a Paz, Cortázar, Kundera y muchos otros. Cada vez que me cruzaba con Octavio Paz, un hombre al que admiraba muchísimo, siempre me sorprendía que me reconociera. Claude Roy, por su parte, no dejaba de maravillarse de que su amigo tuviera

una mente que no descansaba nunca. Por ejemplo, acababan de guarecerse en un portal en medio de una recia tormenta, cuando, bruscamente, Paz empezó a hacerle preguntas a Claude sobre Sexto Empírico. Claude me contó la anécdota, incluso la escribió luego. Nunca dejó de preguntarse cómo diablos se había colado un escéptico griego en la mente de Paz en una calle de París y en medio de una tormenta.

—*En su libro de memorias, Fidèle au poste (2001), usted cuenta cómo su trabajo de periodista de radio en París le permitió conocer a un sinnúmero de escritores extranjeros y, entre ellos, a un tal Alejo Carpentier.*

—Cuento en ese librito que Carpentier me arrastró un día hasta el bar del Hotel Pont-Royal, que era como un anexo de Gallimard, y allí, entre trago y trago, empezó a contarme que estaba escribiendo una novela en la que habría un mexicano disfrazado de Moctezuma que llegaría Venecia y que iría con Vivaldi y Haendel a visitar la tumba de Stravinski... En algún momento pensé que se le había subido el alcohol a la cabeza, pero era sólo un apretado resumen de esa novelita encantadora, su *Concierto barroco*.

—*Cortázar no sólo ha sido uno de sus autores predilectos sino también un amigo. Usted acaba de participar en el homenaje que la NRF le rinde este año. ¿Qué piensa hoy de la posteridad de Cortázar? ¿Sigue siendo un escritor muy leído y apreciado en Francia?*

—Cortázar es un maestro de la literatura fantástica. Creo que el tipo de literatura fantástica que fue la suya y que él llevó a un alto grado de perfección se aviene más con el espíritu francés que los excesos góticos. Es eso que Caillois llamaba «lo fantástico insidioso». Con Cortázar uno se instala en la vida cotidiana, y de pronto, te das cuenta de que te han jugado una mala pasada, de que no viste en qué momento derrapó la realidad. Cortázar ejecuta ese número de magia literaria en cada uno de sus cuentos.

—*¿Qué le han aportado todos esos escritores latinoamericanos que tuvo la ocasión de leer y conocer en París? ¿Cuál sería hoy su balance sobre las relaciones entre la literatura latinoamericana y la francesa, y entre los escritores latinoamericanos y París?*

—He conocido a muchos otros escritores latinoamericanos. Pablo Neruda me preguntó una vez qué había sido de esos amigos comunes que habíamos perdido de vista. En el jardín de Gallimard, mientras tomábamos café, me hablaba de épocas lejanas, ya casi olvidadas, en que nos veíamos en el círculo de Éluard. También frecuenté a Jorge Amado y a su mujer, Zelia Gattai, brasileños de París. Existía en aquel entonces un premio literario que se daba en Volterra, Toscana, y cuya originalidad consistía en que el jurado lo integraba una sola persona. En algún momento, yo fui ese único y solitario jurado. Y aproveché para darle el premio a Amado. Por desgracia, un ataque impidió que viniera a recibir ese premio Etruria. Gracias a Pierre Nora, pude conocer y descubrir también al escritor y sociólogo Gilberto Freyre. Y he visto asimismo cómo un escritor argentino ha llegado a transformarse en un notable escritor francés. Me refiero a mi amigo Héctor Bianciotti, que se ha convertido incluso en un señor académico. También tuve amistad con Raquel de Queirós, la novelista brasileña recientemente desaparecida. Recuerdo que nos conocimos en Israel, adonde ella iba a visitar un *kibboutz* brasileño, y que descubrimos juntos el impresionante sitio de Massada. Y a los escritores latinoamericanos que conocí menos, pues igual los leo y me aportan tanto como, por ejemplo, los propios franceses, los italianos, los españoles, los ingleses, los americanos, los rusos o los japoneses. Larbaud y Caillois regañaban a los escritores latinoamericanos que se inspiraban demasiado en los modelos de la literatura francesa y en el clima de París. Larbaud dejó escapar un suspiro de alivio cuando descubrió el martifierrismo: «Por fin se han puesto a cantar la vida y las cosas de sus países. ¡Se acabaron las descripciones del Petit Trianon y de Venecia!» Hoy la literatura se ha vuelto universal y ya casi es verdad —casi, digo— que cualquier escritor, cualquier lector, se puede sentir en casa aquí o allá.



Dancing dress for girls 16 to 18. Drawn by Gerda Wegener [No. 165, 1914]